



Los corruptores
Jorge Zepeda
Patterson

DESTINO

Los corruptores

Jorge Zepeda
Patterson

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1277

Martes 19 de noviembre, 5 p. m.

Pamela

Su primer reflejo fue acomodarse la falda que tenía arreglada a la altura de las caderas. Detuvo el movimiento al sentir las cuerdas sobre sus muñecas; el dolor entumido de la mandíbula le recordó dónde se encontraba. El gordo que la había golpeado para acallarla y amordazarla seguía allí, colocando las herramientas sobre la cómoda. Pamela alcanzó a ver una manta gruesa, un martillo chato y una especie de bate corto de metal. Prefirió desviar la mirada.

Dobló las piernas hasta el límite que permitían sus amarres para ofrecer el mejor ángulo posible a sus afamados muslos. A sus cuarenta y tres años todavía era considerada una de las mujeres más deseadas del país. Sus críticos solían decir que esas piernas la habían encumbrado hasta la cúspide de la industria cinematográfica nacional; «ojalá también me saquen de esta», pensó aferrándose a la idea de una seducción in extremis. Impedida de hablar por la mordaza, era todo lo que podía hacer.

El hombre parecía ensimismado en sus cosas, absolutamente ajeno a la mujer. Se desplazaba del maletín a la cómoda con movimientos exactos, sin prisas ni pausas, como el tendero que prepara su mostrador para un día más de actividades. Pamela comenzó a tomar conciencia de que al sujeto le importaba un bledo su sugestiva pose. No iba a violarla. Una buena noticia se estaba transfor-

mando de manera acelerada en otra terrible. El dolor en el plexo anunció el pánico que poco a poco inundó su cuerpo. Se preguntó si el tipo habría sido enviado para extraerle información. Desesperada, repasó lo mucho que sabía, los secretos de Estado que había atesorado a lo largo de su agitado pasado. A su verdugo, quienquiera que fuese, podría no interesarle su cuerpo, pero no podía ser indiferente a sus secretos, se dijo Pamela. Inventarió la información que tenía para ofrecer: el avión, los vídeos, el acuerdo.

Toda esperanza la abandonó cuando el gordo se dio la vuelta enfundado en un delantal de cuero y el mazo en la mano. La contempló apenas con interés, sin ninguna intención de quitarle la mordaza para interrogarla; simplemente con la mirada del que calcula la mejor manera de terminar un trabajo pendiente.

Pamela bajó los muslos y como pudo se arregló la falda. Cerró los ojos.

Lunes 25 de noviembre, 10.30 a. m.

Tomás

Britney Spears lo miraba con codicia desde el pubis, en el que apoyaba la barbilla, con la ventaja, pensó Tomás, de que se trataba de su propio pubis. Estaban en su cuarto entre las sábanas de una cama de cuya cabecera colgaban las camisas usadas la última semana. Un plato de cáscaras de edamame despedía un olor insano desde el buró. Nada de esto parecía importarle a Britney a juzgar por la mirada de arrobó que le dirigía. Él elevó los ojos al techo cuando ella bajó el rostro para ocuparse de su entrepierna. Tomás se perdió en la primera oleada de placer mientras divagaba sobre la profunda garganta que tendría una cantante profesional. Súbitamente el goce dio paso a la consternación cuando escuchó los extraños ruidos que procedían de la boca de Britney; los agudos chirridos intermitentes le hicieron suponer que algo terrible estaba a punto de pasarle a su anatomía.

Despertó encogido y sudando, con las dos manos sujetando el pene todavía erguido. Alguien se había pegado del timbre de la puerta sin conmiseración. Tomó una bata, salió de la habitación y cruzó la pequeña sala que lo separaba de la puerta. Mario irrumpió con el rostro sudoroso y excitado.

—¿Qué pasa? Me despertaste, estaba a punto de cogerte a Britney Spears —reclamó Tomás al abrir la puerta, molesto y confundido por el sueño recién abortado.

—¿Con o sin condón?

—Nadie coge con condón en los sueños.

—Pues seguro te salvé de una gonorrea —respondió Mario.

Todavía con ganas de regresar a la piel lechosa de Britney, Tomás se consoló con la idea de que en los sueños no se contraen infecciones. Aunque Mario tenía razón: «Mi subconsciente podría tener mejores gustos».

—Llevo horas llamándote por teléfono. ¿No te has enterado? —le dijo Mario, angustiado, recorriendo con la mirada la habitación en busca del celular de su amigo.

—¿Qué pasó, carajo?, ¿qué se quemó?

«El problema con Mario —se dijo Tomás—, es que siempre exagera su preocupación por los demás, y por mí en particular. Le falta vida propia».

—Aún no sé muy bien, pero incendiaste la pradera.

—Explícate, porque me estás asustando. —En realidad Tomás creía que Mario era incapaz de asustar a nadie, aunque tenía verdadero talento para sacarlo de sus casillas.

—Los noticieros de la mañana no hacen otra cosa que hablar de tu artículo. El procurador ha dicho que se trata de una baladronada de tu parte, pero alguien del PRD afirmó en el noticiero de Carmen Aristegui que pedirán una investigación sobre el secretario de Gobernación.

Tomás no se había despertado lo suficiente para acordarse de lo que escribiera el día anterior; sin embargo, las menciones del procurador y del poderoso ministro de Gobernación encendieron todas las alarmas y alejaron la última bruma que quedaba de Spears. Poco a poco le vinieron a la mente algunas líneas de los párrafos apresurados que enviara la tarde anterior al diario.

—¿Y Los Pinos no ha dicho nada? ¿Qué horas son? —preguntó Tomás con la mirada puesta en la ventana.

El tenue hilo de sol que se colaba entre las cortinas solo dejaba ver el polvo que flotaba en la habitación; ningún indicio de cuán avanzado estaba el día en que según

Mario había incendiado la pradera. Trataba de recordar lo escrito la víspera, pero la resaca no colaboraba. El periodista se enorgullecía de su sana costumbre de dejar atrás toda consideración sobre un texto al que hubiera puesto el punto final; hacía mucho tiempo que había dejado de atormentarse por el resultado de su escritura. Pero las noticias que le daba Mario anticipaban que este artículo no seguiría el rápido camino al olvido que solían recorrer sus colaboraciones. Mientras Tomás hurgaba en su cerebro en busca de respuestas y encendía la computadora, Mario hacía su parte abriendo cortinas y aporreando las puertas de la despensa en busca de café.

La primera ojeada a la pantalla confirmó sus peores temores. Normalmente escribía de política, nunca de nota roja, pero esta vez había decidido aprovechar un par de datos exclusivos de poca monta sobre la aparición del cuerpo de Pamela Dosantos cinco días antes. La tarde anterior resumió lo que se sabía del caso y deslizó algunas vaguedades para llegar a las novecientas palabras que exigía el editor de las páginas de opinión del diario. Era un artículo apresurado, como muchos últimamente, en esta ocasión orillado por la perspectiva de una cita con un grupo de amigos en La Nueva Flor del Son, su lugar favorito para bailar salsa.

Mario volvió a atajar sus extravíos con otra pedrada.

—Dúchate y ponte corbata porque los periodistas te buscarán todo el día.

La advertencia lo distrajo con una preocupación menor al recordar el calamitoso estado de las cuatro corbatas que nunca se ponía.

—¿De dónde sacaste esa información? —insistió Mario.

—¿Qué información? Todavía no entiendo a qué viene el alboroto. Simplemente resumí el caso de Dosantos del que todos hablan —se defendió Tomás, y comenzó a leer en voz alta directamente de su pantalla:

Los noticieros han informado que Alfonso Estrada, albañil de profesión, y Ricarda Pereda, trabajadora doméstica, se introdujeron en el baldío de la calle Filadelfia, de la colonia Del Valle, para tener alguna intimidad. Un rollo abultado de alfombra, oculto desde la banqueta y tirado en medio de la maleza, les pareció atractivo para sus fines: «Platicar», según Ricarda, «Empiernarnos», según Alfonso. Cualquiera cosa que estuvieran haciendo quedó interrumpida cuando se percataron del pie que sobresalía por un extremo de la alfombra.

—En el resto del artículo tan solo describo la trayectoria profesional de Dosantos, su célebre carrera interpretando a «reinas del sur» y amantes de grandes potentados y hombres de poder. Señalo que había instalado recientemente un restaurante de gran éxito en Polanco, y sugiero la necesidad de investigar su muerte entre los empresarios y políticos que hicieron de la mesa de esta mujer la tertulia de moda de la ciudad. Pero no publiqué ningún nombre —terminó Tomás, exhausto luego de su larga defensa.

—No necesitabas poner nombres —respondió Mario—. Igual pudiste publicar la ficha bautismal del responsable.

Y entonces Tomás recordó el dato. En el artículo afirmaba que los servicios policíacos sabían que el cadáver fue depositado en el terreno baldío, ya que la ausencia de sangre hacía suponer que Dosantos fue golpeada y asesinada en otro sitio. Y para mayor abundancia, señalaba que las autoridades habían puesto su atención en una casona con el número 18 de la misma calle Filadelfia, a cuarenta metros de donde se encontró a la víctima.

Tomás reconoció que cualquier otro periodista habría investigado la propiedad citada antes de mencionarla; él mismo todavía lo hubiera hecho unos años antes. No obstante, hacía tiempo que estaba desanimado con

una columna que nadie parecía leer excepto Mario y una docena de conocidos, no todos con buenas intenciones.

Comenzó a crecerle la punzada incómoda que ya había experimentado la tarde anterior, cuando escribió el domicilio sin tener idea de quién viviría allí. Tenía aún suficientes escrúpulos para saber cuándo estaba violando los códigos periodísticos, pero demasiado cinismo para evitarlos; de cualquier forma, las punzadas de remordimiento ya no entraban en su corrector de estilo. Tomás recordó que en el mismo artículo tuvo otra de ellas cuando escribió: «... a nadie sorprendería si al final de esta investigación descubrimos que, una vez más, la vida imita al arte». Le carcomía no solo el horroroso cliché, sino también la insinuación de que las películas de Dosantos tuvieron algo que ver con el arte. Y, sin embargo, la frase se quedó en el texto entregado.

—¿De quién es la casa? —preguntó, ahora sí, inquieto.

—¿De veras no lo sabes? —respondió Mario, una vez más dispuesto a poner a prueba la paciencia de su amigo.

—¿Quién vive allí? —insistió Tomás, molesto por la demora.

—¿Pero cómo se te ocurrió publicar un domicilio sin investigar de quién era? —dijo Mario, desquitándose de las humillaciones de tantos años de fungir como escudero.

Molesto y antes de darse cuenta de lo que hacía, Tomás clavó los ojos en la pierna lisiada de Mario, de la que nunca se hablaba. Cuando su vista regresó al rostro de su amigo, la mirada en él era otra vez huidiza.

Le dio los detalles, ahora sí en rápida sucesión.

—Resulta que la casona es la oficina alterna que desde hace poco usa el secretario de Gobernación. Prácticamente estás incriminando a Salazar.

Tomás acusó el golpe. Augusto Salazar era el hombre más temible del nuevo Gobierno. El PRI había vuelto a Los Pinos luego de doce años de administraciones

panistas débiles e ineficientes. El margen de victoria del ahora mandatario Alonso Prida mostraba, en opinión de muchos, que el país necesitaba el regreso de un presidencialismo fuerte. La oposición y muchos analistas creían que Salazar, brazo derecho del presidente, estaba decidido a convertir esa aspiración popular en coartada para instalar un régimen autoritario y asegurar la permanencia del PRI en el poder por varios sexenios.

Tomás dio una palmada en el hombro de Mario y se desplomó en el sillón. Ahora necesitaba más al amigo que a un esgrimista verbal. No entendía cuál podía ser el vínculo entre Salazar y el asesinato de Dosantos, pero le quedaba claro que al relacionar uno con el otro se había metido en un hoyo profundo.

—Quizá debería salir del país mientras se arregla todo —dijo Tomás con poca convicción; sabía que los ochocientos dólares que tenía guardados no le permitirían llegar muy lejos.

—No te precipites —respondió Mario—. Si escapas y solo tú tienes información del lugar del crimen, la policía podría asumir que estás involucrado de alguna manera. Te convertirías en prófugo.

—No jodas, yo no tengo que ver con eso. El dato me lo pasó un amigo el sábado y no aguanté la tentación de utilizarlo, eso es todo —se defendió Tomás.

—¿Y quién es ese «amigo»? —inquirió Mario, haciendo gestos de comillas con los dedos.

—Nadie que conozcas —respondió el periodista en tono sombrío. Pero al recordar a su informante, Tomás se dio cuenta de que el hoyo se estaba convirtiendo en abismo.

—A ti te han tendido una trampa. Tenemos que ver a Amelia y a Jaime.

Los tres revoloteaban en torno a Amelia con el nerviosismo de las hormonas incendiadas por la adolescencia. Desde primaria ella había sido la líder del grupo de cuatro niños que el resto de los alumnos llamaba los Azules por el color de las pastas de los cuadernos franceses que les traía el padre de Jaime de regreso de sus viajes. Tomás y el propio Jaime intentaron disputarle el liderazgo, pero la lengua afilada de Amelia carecía de rival. Jaime tenía a su favor la riqueza del padre, la alberca de su casa y la novedad de los juguetes de importación. Tomás contaba con una dulzura involuntaria que seducía y desarmaba. Mario no tenía más virtudes que ser amigo solícito de los otros tres, siempre dispuesto a convertirse en comparsa de cualquier capricho ajeno. Sin embargo, era Amelia quien galvanizaba al grupo.

Cruzaron la infancia y la adolescencia protegidos por las respuestas rápidas y lapidarias con que mantenían a raya a las distintas especies que habitaban la escuela. Su habilidad para asestar motes a profesores y estudiantes inspiraba temor y respeto universal. A los catorce años Amelia ejercía su autoridad con los renovados argumentos de un cuerpo que cambiaba con mayor rapidez que el de sus amigos.

Los cuatro tenían meses hablando de coitos y excitaciones, aunque también en esto Amelia llevaba mano.

Hija de una doctora feminista, había crecido en un hogar donde los niños hablaban de su pene o su vagina como otros lo hacían de una garganta irritada o de la velocidad con que crecían las uñas. Al principio a Amelia le desconcertaban las reacciones incómodas y a veces violentas de otros alumnos cuando ella se refería a estos temas, pero a medida que se acercaron a la pubertad observó que el desparpajo y el conocimiento sobre un área que fascinaba a los demás le daban ventajas insuperables. Pontificaba, corregía e intimidaba a sus compañeros, que terminaron considerándola una especie de oráculo de lo que podrían esperar de los parajes oscuros, inciertos e irresistibles de su futura vida sexual.

Fue justamente eso lo que la metió en problemas. Un viernes a mediodía, en el intermedio entre clases, los cuatro amigos miraban a sus compañeros disputar un ardoroso partido de basquetbol. Los Azules se veían a sí mismos como los intelectuales del salón; unos meses antes Tomás los había convencido, contra la opinión de Jaime, de que hacer deporte era una práctica antinatural. Él mismo no carecía de habilidades atléticas, pero desarrolló la afición por la lectura y llegó a la conclusión de que destacaba más gracias a su conversación informada y provocadora que a sus irregulares encestes.

—¿Cuándo has visto que las vacas se pongan a sudar y a correr por gusto? El deporte es contra natura —les dijo con una argumentación que le pareció irrefutable.

—Pero es algo bueno para la salud —objetó Jaime, el más atlético de los cuatro y alumno ejemplar en el instituto de karate al que asistía por las tardes.

—Claro, hasta que te tuerces un tobillo o te rompen la nariz con un cabezazo, lo cual no es muy sano que digamos —terció Amelia, quien si bien tenía facilidad para el voleibol, resintió la creciente desventaja muscular frente a sus compañeros de infancia.

—El deporte es una vía para que el hombre no pier-

da sus habilidades de cazador y de guerrero, y siempre esté listo para reaccionar ante el peligro —se defendió Jaime, transmitiendo con titubeos algo que escuchó decir a su profesor de karate.

—Imbécil —dijo Amelia, quien había descubierto la contundencia del epíteto unas semanas atrás—, la civilización tiene que ver con el desarrollo del cerebro y no de los músculos para andarse trepando a los árboles. —Y zanjó con ello el asunto.

El juego de basquetbol comenzó a atraer la atención de los Azules a partir de un empujón que el Zanahorio, puntualmente bautizado por Amelia meses atrás, le propinara al Nazi, el bravucón de la escuela. Sabían que eso no se quedaría así. El Zanahorio miraba impaciente el reloj que colgaba de un muro en un extremo de la cancha, deseando que sonara el timbre salvador de regreso a clase. El Nazi no esperó: en el siguiente rebote de tablero se lanzó contra su víctima y lo bajó de un codazo en la cabeza. El chico cayó desmadejado y su cabeza hizo un extraño ruido al rebotar contra la duela.

—Imbécil —gritó Amelia.

—Pobre Zanahorio —exclamó Mario, angustiado, aunque reprimió el impulso de acudir en su ayuda ante la pasividad del resto de sus compañeros.

—Alguien debería pararlo —dijo Tomás, resuelto, pero en voz baja, fantaseando con la idea de tener los músculos y las agallas para enfrentarse al Nazi. Por lo general tenía mejores sentimientos que acciones.

—No te preocupes, detrás de esos bíceps hay una cabeza de alfeñique. Él mismo cavará su tumba —afirmó Amelia con desprecio.

Jaime no estaba muy seguro. En más de una ocasión había envidiado las espaldas anchas del Nazi y el dominio que su presencia física ejercía entre sus compañeros.

—Pues en las duchas no se ve precisamente muy alfeñique, que digamos. Dicen que cuando va al baño no

se sabe si está orinando o dándole de beber a la cobra —respondió Jaime.

Los tres amigos celebraron la ocurrencia ante la mirada crítica de Amelia.

—Ese es un chiste viejo y malo. Además son puras mentiras. Hay investigaciones científicas que dicen que cuanto más grande sea el pene, mayores son las posibilidades de que un hombre sea homosexual —afirmó ella.

Los tres protestaron y aseguraron que se lo estaba inventando, aunque Mario pensó que si fuese cierto habrían terminado sus temores, alimentados, entre otros motivos, por considerarse portador de un minúsculo pene.

—No estoy bromeando, lo leí en un libro de mi mamá —aseguró Amelia con el tono más contundente que pudo emitir. No recordaba dónde lo había visto, ¿o no?, pero en todo caso debería ser cierto. Amelia no era alguien que acostumbrara desandar sus dichos.

Sus amigos siguieron protestando y exigieron pruebas. Ella aseguró que las tenía y prometió llevarlas al día siguiente a la reunión en casa de Jaime, donde se habían citado, como cada sábado, para nadar y comer juntos. La reunión sería especial porque era la última antes de separarse por vacaciones de verano. Amelia pasaría las siguientes semanas en la casa que la familia poseía en Malinalco, a menos de dos horas de la Ciudad de México. Jaime viajaría a Miami con su madre y sus dos hermanos. Tomás iría con sus primos a Puerto Vallarta. Mario, con menos recursos que sus compañeros, se quedaría en México, aunque a los Azules les había dicho que un tío se lo quería llevar a un rancho ganadero en Tamaulipas.

Amelia quiso cambiar el tema con la esperanza de que el asunto quedara olvidado, pero el timbre de regreso a clase no le dio oportunidad.

Jaime cerró toda posibilidad de escape:

—Mañana nos traes el libro, ¿eh?

—Claro, pero luego se van a arrepentir —dijo Amelia, todavía con aplomo.

Los tres rieron nerviosamente, aunque mostraron que no dejarían correr el asunto.

Esa tarde Amelia revisó con atención las ilustraciones de algunos libros de sexualidad y anatomía del estudio de su madre, pero no encontró nada que soportara su teoría. Estaba con problemas: no quería pasar como embustera, y menos el último día antes de vacaciones, sin la oportunidad de reafirmar su credibilidad en las siguientes semanas. Perdería autoridad con sus amigos justamente en el área que dominaba la atención de todos ellos en los últimos tiempos.

La chica buscaba con afán una salida. Recordó que también su padre tenía un apartado de libros de sexualidad. Algún tiempo atrás los había revisado, aunque eran mucho más técnicos, sin ilustraciones y plagados de jergonza freudiana. En aquella ocasión resultó más interesante el escondite que el contenido. A diferencia de su madre, absolutamente desenfadada sobre asuntos del cuerpo, su padre abordaba estas conversaciones haciendo un esfuerzo para mostrarse relajado, pero desde chica Amelia notó que él solía escudarse en su jerga psicoanalítica para desembarazarse rápido de esos temas.

Acudió al tercer cajón del escritorio de un consultorio que su padre mantenía en casa aunque rara vez lo usaba, prefería las instalaciones modernas de un edificio de Santa Fe, el llamado «San Diego mexicano». Como en la ocasión anterior, retiró los enormes expedientes que ocultaban tres libros de pastas duras, uno de ellos en inglés; Amelia se dispuso a ojearlos con escasas esperanzas. Al extraerlos se dio cuenta de que en el fondo del cajón una cartulina color café ofrecía una superficie irregular, y dos revistas yacían detrás de la cubierta improvisada. Primero con extrañeza y luego con fascinación,

Amelia comenzó a ojearlas hasta que cayó en la cuenta de que se trataba de revistas de sexo explícito y pornográfico, con fotos exclusivamente de hombres.

Se dijo a sí misma que tal vez se trataba de material relacionado con algún paciente homosexual, pero sabía que su padre no acostumbraba traer expedientes a casa o algo que estuviera relacionado con las sesiones terapéuticas. Amelia experimentó una creciente aprensión mientras pasaban por su mente imágenes antes ignoradas: las camisas demasiado coloridas que usaba, su risa extrañamente aguda cuando bebía y la ausencia de caricias entre él y su madre.

Amelia se desplomó en la silla del escritorio. Nunca se sintió cercana a su padre; su carácter insumiso le había ocasionado demasiados roces con un hombre que vivía obsesionado por el orden y la estética. No era severo en particular, pero nunca dejaba pasar la oportunidad de reñirla suave aunque insistentemente por los estragos que su infancia inquieta ocasionaba en el mantel o en los muebles de la sala. Ambos llegaron a una tregua que consistía en ignorarse sin animosidad.

Con todo, era una revelación abrumadora. Amelia se dijo que no debía llegar a conclusiones apresuradas; tendría que confirmar el asunto antes de darse a la tarea de explorar las consecuencias emocionales y psicológicas de ser hija de un papá gay. Con rapidez reprimió el estremecimiento que le provocó evocar la imagen de su padre desnudo y regresó a las revistas. Pero su investigación había perdido sentido: ya no tenía ganas de seguir indagando la relación entre homosexualidad y el tamaño del pene.

Al día siguiente Tomás sacrificó sus viejos pantalones vaqueros para convertirlos en traje de baño improvisado. Los breves trajes de rayas estilizadas que usaba Jaime le habían hecho sentirse crecientemente incómodo con el anticuado y pesado *short* que él utilizaba. Se puso una camiseta holgada de los Dallas Cowboys y decidió

que solo se la quitaría para meterse en el agua. Por más que se examinaba en el espejo, sus músculos todavía no afloraban entre los blandos brazos que se resistían a dejar la infancia. No era el caso de Jaime.

Siempre se había sentido más cercano a Amelia que cualquiera de sus dos amigos. A Tomás le parecía que entre ellos existía una complicidad basada en la absoluta convicción, compartida por ambos, de que eran los más inteligentes de la clase. No necesariamente los que obtenían las mejores calificaciones: él era demasiado flojo y Amelia demasiado rebelde, aunque se las ingeniaban para obtener ochos y nueves sin mucho esfuerzo. Pero los dos captaban más rápido que el resto de sus compañeros y hacían las preguntas más agudas en clase o fuera. Incluso en el interior del grupo de los Azules, Tomás creía constituir un club más exclusivo solo con ella. Intercambiaban miradas para contener los excesos de Jaime, de cóleras rápidas y violentas, o para consentir las torpezas y equívocos de Mario, sin necesidad de explicitarlas. O quizá Tomás la había adoptado como alma gemela por influencia de Mercedes, la madre de Amelia, quien no escondía que el chico era su favorito entre los amigos de su hija.

Sin embargo, en las últimas semanas Tomás empezaba a tener dudas. Los cuerpos de Jaime y de Amelia parecían haber ingresado en un nuevo estadio, como serpientes que mutaran en pieles más coloridas. El vientre plano y alargado de ella hacía juego con la espalda elástica y musculosa de él. Las largas sesiones de sol de los sábados dejaban en ellos un cobrizo lustroso, mientras que Mario y Tomás terminaban enrojecidos e insolados. Las nuevas hormonas habían insuflado una alquimia distinta en unos y otros: era como si sus amigos flotaran en un aura sensual que dotaba a sus movimientos de elegancia natural, mientras que a él solo le trajeron un brote de acné cada vez más preocupante y un cuerpo aún estacionado en la infancia.

Cuando Tomás llegó a casa de su amigo, en el exclusivo fraccionamiento de Las Lomas, Ramón, el jardinero, le dijo que los demás ya se encontraban en la terraza de la alberca.

El cuadro perfecto que ofrecían el breve biquini de ella y el traje de licra a rayas de Jaime le confirmó sus peores temores. Ambos parecían perfectamente cómodos en su semidesnudez, como si toda la semana hubiesen portado ropa por razones antinaturales y solo ahora asumieran su verdadera naturaleza, ella con absoluta inconsciencia, Jaime con orgullo y placer. Tomás decidió conservar toda la jornada la holgada camiseta de los Dallas Cowboys.

—Richard Burton está muy viejo para el papel, pero la película es muy buena, tienen que verla —escuchó decir a Jaime mientras se instalaba en un camastro al lado de sus amigos.

—Richard Burton se hizo más guapo en la vejez —objetó Amelia, sin saber que su gerontofilia la acosaría el resto de su vida.

—Pues no has visto la película, es anciano y feo.

—¿Qué película? —interrumpió Tomás a manera de saludo.

—1984, la vi el fin de semana pasado. Se basa en la novela esa de ciencia ficción —dijo Jaime.

—La de George Orwell —precisó Tomás con el rostro iluminado. Súbitamente se olvidó de la camiseta holgada y los *shorts* trasquilados. Había leído 1984 hacía menos de un mes y quedó impresionado.

—Esa, aunque la película es mejor —respondió Jaime.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ya leíste el libro?

—Bueno, no, pero está muy buena.

—¿No te acuerdas de lo que dijo el maestro de literatura cuando nos pasó la de *Romeo y Julieta*? Que las películas que se basan en libros a veces son buenas, aunque cuando el libro es una obra maestra, siempre es mejor —afirmó Tomás, convencido.

—Una película tiene actores y sonido, el libro no.

—A ver, las pelis duran una hora y media o algo así, mientras que leer un libro te requiere muchas más. Con el de 1984 acabas viviendo en ese mundo del Hermano Mayor.

—¿Tú la leíste? —preguntó Amelia.

—Hace tiempo, sí —dijo Tomás restándole importancia, como si fuese uno entre miles.

—¿Y de qué trata?

—Del control del Gobierno sobre los habitantes; el Hermano Mayor es como el presidente y exige adoración. Pero un hombre se rebela por amor a una chava y comienza a descomponerse todo.

—¿1984 es el año? ¿Por qué? —inquirió Amelia, fascinada.

—Sí —respondió Tomás—. Su autor la escribió hace como cuarenta años y pensó que el futuro, o sea hoy, podía ser así.

—Bueno, pues en eso sí que se equivocó tu escritor —dijo Jaime con sorna—. Miguel de la Madrid es aburridísimo, pero no se parece al Hermano Mayor.

—No era para México, creo que se refiere a los países comunistas —contestó Tomás a sus amigos mientras estos volteaban a saludar al padre de Jaime.

Carlos Lemus era un hombre de treinta y ocho años, atractivo y seguro de sí mismo; la misma piel bronceada de Jaime, los dientes blancos, el bigote recortado a la moda y la ropa de corte perfecto. Era oficial mayor de la Secretaría de Hacienda aunque se lo conocía por tener bajo su control desde años antes la estructura de oficinas de aduanas del país, una posición que le había dado una fortuna inmensa y muchos amigos agradecidos por sus favores en materia de permisos de importación.

Se acercó a saludarlos y con una mirada discreta apreció a la atractiva mujer en que se estaba convirtiendo Amelia. Siempre le había hecho gracia la amiga de su

hijo: desde los siete u ocho años, cuando comenzó a aparecerse por su casa, todavía chimuela y de zapatos rojos raspados, le gustó la irreverencia de la niña. Pero en traje de baño parecía mucho mayor de los catorce años del resto de sus compañeros.

—¿De qué hablan, muchachos? —dijo tomando asiento en uno de los camastros, cerveza en mano.

—De la novela de George Orwell, 1984 —respondió Tomás, orgulloso de citar el libro por el autor.

También ellos apreciaban al padre de Jaime, no así a la madre, quien, esclava de una apretada agenda social, prefería ignorarlos; aunque siempre agradecían, en especial Mario, las charolas de *hot dogs* o los sándwiches con limonada de que una camarera les surtía indefinidamente los sábados al mediodía. Don Carlos gustaba de conversar con ellos de vez en cuando, mientras esperaba en casa alguna llamada o una visita de negocios; los escuchaba y en ocasiones los provocaba para obligarlos a discutir. Parecía encontrar en la adolescencia de los amigos de su hijo claves para recordar una infancia traspapelada en la biografía política que se había inventado.

—Es la película que vi el fin de semana —dijo Jaime, sin embargo su padre no pareció escucharlo. Aunque amaba a su hijo, este hacía tantos esfuerzos para imitarlo que el padre encontraba más estimulantes las variaciones que ofrecían Amelia, Tomás e incluso Mario.

—¿La leyeron?

—Yo sí —respondió Tomás—. Es como una crítica al comunismo, ¿no? —añadió un poco menos seguro de sí mismo en presencia del político.

—Más o menos —dijo Carlos, en tono conciliador—. En realidad se trata de una alegoría sobre la libertad individual y el Estado autoritario. Orwell la escribió al final de la segunda guerra mundial, con el fantasma de los regímenes fascistas recién derrotados todavía presente, y

sí, con un guiño de preocupación acerca del riesgo que representan las dictaduras comunistas.

Amelia lo escuchó con admiración, pero había oído demasiados discos de música de protesta de su madre para aceptar de manera pasiva una crítica al socialismo.

—Si es para cuestionar un sistema, es más bien propaganda política, ¿no?

—La buena literatura, no importa cuál sea el tema, nunca es propaganda —respondió el dueño de la casa con una sonrisa—. Vamos a hacer algo —añadió—. Le regalo el libro al que no lo tenga, lo leen y cuando nos veamos otra vez, me dicen si es propaganda. ¿Va?

Los cuatro asintieron, conscientes de que habían tomado una tarea para vacaciones.

—Ahora les encargo el libro. No se vayan —dijo a manera de despedida mientras se encaminaba al interior de la casa.

—Qué buena onda es tu jefe —aseguró Mario, mientras Jaime se enorgullecía por enésima vez de su padre, y Tomás lamentaba lo efímero de su triunfo intelectual.

—No está mal para ser político —mencionó Amelia, todavía siguiéndolo con la mirada—. El mío es maricón —agregó en tono indiferente.